Un regalo de Navidad. SEUDÓNIMO AUTOR: YOLANDA YOLIF

Cuando su hija le preguntó, como antes de cada Navidad, qué querría de regalo, este año ella sabía lo que iba a pedirles:

—Un libro —dijo—. Un libro de cada uno. Así, cuando volváis a la ciudad, podré leer, ahora que el cirujano me ha quitado las cataratas, cuando la tarde se hace tan larga y oscura, mientras espero a que llegue la primavera. Pero no ha de ser un libro cualquiera, ni lo tenéis que elegir pensando en si me gustará a mí. Lo que quiero que me regaléis esta Navidad es el libro favorito de cada uno. El que más os haya gustado de entre todos los que tengáis recuerdo. Uno por cada uno de los tres. Y en cada uno de los libros, quiero que haya un sobre.

La segunda parte de la petición dejó a la mayor de sus hijas asombrada:

—También quiero que escribáis, cada uno de vosotros, algo relacionado conmigo, con la casa, con el pueblo. No me importará si es cierto o lo inventáis, sólo quiero que os sentéis un rato, penséis en mí, y escribáis algo. Que lo metáis en un sobre, y el sobre en el libro. Eso quiero.

La abuela Libia recibió, aquella Navidad, cinco libros: uno de cada uno de sus hijos y, otros dos, de su nieta mayor y del joven marido de ésta. Lo que sigue son los cinco escritos que, cada uno en su sobre, metieron en ellos.

Damos ser a las cosas, las valoramos,
estamos en el universo de la cultura.

C. Lisón Tolosana

Giro una enorme llave de hierro en la cerradura y abro con la falleba la puerta de gorronera que da acceso al zaguán. Aunque a la abuela se la llevasen directamente al hospital ayer, por una caída en la calle, sin pasar por casa, todo está limpio y en orden.

Mi olfato recupera de pronto aromas olvidados al entrar en la cocina: los del fuego apagado en el hogar y de un guiso con olor a monte sobre las trébedes apartado en un rincón; los de los atados de yerbas, de pimientos secos, de ristras de ajos colgadas de las vigas bajas del techo; el del jabón de tajo sobre la tabla de lavar junto a una palangana esmaltada en la pila de piedra. Aspiro con fuerza los olores de la niñez. Luis me observa, sonríe, se sienta en la cadiera, y calla. Sabe que estoy recuperando un territorio que no hemos compartido.

Bajo la pila hay leña y trozos de tea seca para prender de nuevo el fuego. Lo hago y, a continuación, abro la alacena. Busco una orza de barro con arroz y echo dos medidas de una taza de loza en la cazuela ennegrecida por el humo. Después añado cuatro de agua, separo un poco las brasas de la llama, avivándolas con el fuelle y el atizador, y arrimo las trébedes a ellas. Todo, como me enseñó mi yaya.

El arroz tardará veinte minutos en estar en su punto y haberse impregnado del sabor del guiso. Aprovecho para subir a su dormitorio y, como si lo hiciera cada día, abro el armario y saco una bata acolchada y una

mañanita de lana. Después, del segundo cajón de la cómoda, una muda de interior completa. Y, abriendo la puerta de la mesilla, las zapatillas de felpa. En el armario del cuarto de baño encuentro una bolsa de tela, en la que guarda el cepillo de dientes, una pastilla de jabón nueva y un peine de carey. Tomo también el peinador de tela que cuelga detrás de la puerta. Vuelvo al dormitorio y miro en el cajón de la mesilla, pero no están sus gafas. Posiblemente ya no le sirvieran de nada hace días, y las tenga recogidas en el armario o la cómoda. Aunque en cuanto se reponga de esta caída la operarán de cataratas, de momento no le sirven de nada.

Al salir, detengo un instante la mirada en la puerta de enfrente, la que fue mi habitación de niña. A su derecha queda el dormitorio principal, que la yaya cedió a mis padres, y la del cuarto de baño, con su cristal esmerilado que desdibuja el interior. Me asomo para comprobar que todo sigue igual.

En la recocina, entre la zafra del aceite y el tonel de vino, está el armario bajo en el que guarda cestas, bolsas, canastas, frascos, botes, cajas e, incluso, un par de modernas fiambreras de plástico. Tras rebuscar un poco, encuentro una cesta de paja trenzada forrada con tela. Guardo en ella lo que he recogido y me enfrento con un suspiro a la sonrisa de Luis. "Ayúdame", le pido. Entre los dos, sacamos platos, vasos y cubiertos de la alacena, servilletas de uno de sus cajones y una botella mediada de vino. Sirvo el arroz con conejo y, renunciando al pan que hemos olvidado comprar, damos cuenta del guiso. Preparo un café de puchero y nos lo tomamos en la cadiera, arrimados al fuego apagadizo, perdido cada uno de nosotros en sus propios recuerdos. Un melancólico rayo de sol se cuela por el visillo de la ventana, iluminando directamente la figurita de San Antonio, de escayola burdamente pintada, que está sobre el televisor.

Volvemos a dejar limpia y ordenada la cocina. Después, invito a Luis a ver el granero. Subimos, ahora juntos, la escalera. El segundo tramo no es de baldosa, sino de yeso fino, aunque los atoques de madera de roble barnizada, desgastados en el centro por años de pisadas, son los mismos. Arriba, los ventanos están cerrados y me cuesta encontrar una pera de cerámica negra que cuelga en algún sitio de la pared, cerca de la puerta, para encender la desnuda bombilla que lo alumbra.

Aunque le seguimos llamando granero, hace años que no se usa como tal. Tiempo atrás, cuando nací y mis padres aún vivían con la yaya —le cuento—, se dedicaba a almacenar las provisiones para el año: el grano, las patatas, las manzanas y cebollas sobre unas arpilleras, para poder darles vuelta; saquetes con harina y con legumbres; orzas, ollas, barreños de barro cocido llenos de conservas, salazones, olivas, quesos en aceite, adobos de carne; colgados del techo, los jamones, chorizos, longanizas, salchichones, todos producto de la matanza del cerdo que se criaba en la casa; almendras, castañas, nueces y tablas para secar higos, orejones de albaricoque y melocotón, uvas y ciruelas pasas y, en las baldas que recorren la pared del fondo, dulces mermeladas, compotas y almíbares, y conservas de verduras y hortalizas del huerto. Hoy, las cantidades que la abuela prepara para su consumo caben en un par de estantes de la recocina y, en su lugar del granero, se amontonan trastos viejos, restos de materiales de las obras que se hicieron en la casa, baúles con ropas antiguas, aperos de labranza y muebles que se deterioran año tras año en la silenciosa oscuridad, bajo las vigas vistas que sujetan una techumbre de cañizos, yeso y teja árabe.

Mientras le explico, muevo cajas de mimbre y de latón; les soplo el polvo y exploro su contenido. Por fin encuentro lo que buscaba: una caja grande y pesada, de madera, con una tapa que desliza sobre ranuras, como un plumier enorme, y que contiene varios compartimentos. En ellos, ordenada, toda la pequeña herramienta de mi abuelo carpintero. "Es para ti –le digo–. Mi padre modernizó el taller y guardó aquí esta caja, de recuerdo. Dijo que te la regalase, para tus bricolajes.

Recogemos la bolsa y los abrigos y cerramos con la llave grande el portón de la entrada. En la emisora de música de la radio del coche suena *La despedida*, de *La canción de la tierra* de Mahler.

¿Adónde voy? Voy a errar por las montañas.
Busco la tranquilidad para mi corazón solitario.
Hago camino hacia la patria, hacia mi hogar. (*)

El libro que te regalo es de poemas de Wang Wei. Espero que te guste.

Sabina, tu nieta.

(*)Der Abschied, de Das Lied von der Erde, Gustav Mahler. Combina poemas de Mong Kao-Yen y Wang Wei con varias líneas agregadas por el propio Mahler.

Cuando fui a elegir la madera, me costó disimular la sonrisa que trazaban mis labios. Aún así, tuve presente en todo momento, además de mis conocimientos y experiencia, el sentimiento de amor y respeto que en mí provoca su naturaleza, que es vida en sí misma desde el momento de la germinación de la semilla, y lo será hasta que la carcoma o el fuego deshagan su materia.

Porque ya sabía entonces que una pieza de madera no será nunca igual a otra, pese a que se hayan trabajado, desde que una mano experta las separó, exactamente de la misma manera. Cada una guardará en su propia esencia el ser del árbol, del sol que le hizo estirarse buscando la luz y el cielo, de la lluvia y los nutrientes de la tierra que lo alimentó, de los vientos que impusieron sus fuerzas. Cada pieza, al ser separada de sus hermanas en el aserradero, conservará la querencia de la dirección de su veta, y tenderá a recuperar su forma original. Todas ellas, pese al cuidadoso cepillado y lijado de su superficie, recuperarán el alma rugosa de los nudos que contengan, el camino de la savia en sus vasos, el recuerdo de la corteza protectora, la marca indeleble de los años de crecimiento en las testas. Lo sabía, y me sentí agraciado por trabajar con madera. Por fortuna, no había material mejor ni más cálido para lo que iba a realizar.

Seleccioné, con emoción disimulada, seis tablas: rectas y no muy gruesas, sacadas del duramen del mismo árbol, con la veta similar, sin rastro de albura ni azulado, ni grietas que denotasen un secado demasiado rápido. Ya en el taller, las dejé varios días en posición horizontal, separadas por unas riostras delgadas, para acomodarlas a la temperatura y la humedad y, sólo después, cuando el aroma a pino se hizo dominante, las revisé, alegre pero

concienzudamente, y empecé a trabajarlas. Después de deshilar cada una en el ancho requerido, las corté a la medida precisa para que cumpliesen su función. Aquella mañana soleada, mis labios silbaron, una y otra vez, cierta cancioncilla pegadiza que había escuchado en la radio al levantarme, hasta que, cepillados y regruesados, tablas y listones mostraron el dibujo, color y suavidad de su superficie definitiva. Decidí su posición final para ocultar las pequeñas pero inevitables imperfecciones que quedaron, y las hermané antes de trazar cajas y espigas. Eran unas hermosas piezas.

La alegre ternura con la que trabajaba no contuvo mi perfeccionismo: ajusté las máquinas y calibré varias veces las pruebas hasta asegurarme de que holguras y enrases serían exactos. El ruido de los motores me pareció también festivo y alborozado cuando se hizo dueño del taller, mientras el taladro y las fresas cumplían su tarea y, por fin, todas las piezas quedaron ordenadas junto al banco de montaje. Con la lijadora repasé caras, curvas y cantos, con mayor interés que nunca antes, en busca de cualquier pequeña rebaba o astilla que pudiera un día lastimarte. Una vez satisfecho, decidí que, si no me lo proponía, no pararía hasta que su tacto fuese tan fino como su piel, pero era el tiempo de la cola blanca y el trapo húmedo para limpiar excesos antes de que se endurecieran; de los gatos de apriete y la cuidadosa comprobación de medidas y escuadras; tiempo de necesaria espera para la consolidación de las uniones de cada parte de la estructura. Por controlar la impaciencia que, tenaz como nunca, me perseguía, barrí el serrín y las virutas, mientras cantaba contento, sin importarme mi lamentable tendencia a desafinar. Es la ventaja que tiene el trabajo artesano y normalmente solitario.

Después cerré el taller, tomé un tentempié y fui a buscar, apenas cumplido el horario de apertura del comercio, el herraje que la armaría y el pequeño somier con su colchón. La visión de estos últimos me humedeció los ojos por un momento, pero el dependiente que me atendía debía estar acostumbrado, tanto a esa reacción, como a la sonrisa, nuevamente incontrolable, con la que pagué la cuenta. A la vuelta, solté los gatos y comprobé la resistencia de las uniones, aún sabiendo que había respetado el tiempo recomendado por el fabricante de la cola. Todo tenía que ser perfecto. Marqué la posición de los herrajes y los acoplé en sus piezas. Llegaba el momento mágico de ver mi obra montada, lista para cumplir su función.

Aquella noche, mientras ella dormía inquieta, molesta por el peso del hijo que crecía en su vientre, yo disfrutaba de un insomnio nervioso pero extrañamente exultante de alegría: pensaba que nunca un trabajo sería tan venturoso como el que acababa de terminar, tan imbuido del feliz destino por el que había sido convocado: sustituiría a su abultado vientre, siendo la nueva y acogedora destinataria de sus pequeños sueños. Era su cuna, la jubilosa obra de mis manos.

Tu hijo Samuel.

Estos folios creo que te gustarán, mamá, aunque yo no sepa escribir tan bien como el autor del libro en que los guardo, El lápiz del carpintero, que fue el primer regalo que me hizo mi novia, mi mujer, la madre de tu nieta.

Sin odio y amor,
nuestro mundo se hace ininteligible.

C. Lisón Tolosana

¿Qué recuerdo de esta Navidad? No querría recordar nada: confiaba en mi mala memoria, pero el olvido necesita cocerse a fuego lento; confiaba en mi alegría, pero la amargura se agarra como la hiedra al tronco muerto; confiaba en mi orgullo, en último extremo, pero el dolor abate obstinado, incansable, tenaz.

Me dejo llevar por la corriente mansa de los abrazos, sorprendida con los cambios –cómo crecen los niños, qué viejos nos hacemos–, agradezco la caricia que deja en mi rostro la mano de piel frágil que sustituye a unos ojos vencidos por la edad. Y, enseguida, a la mesa, ocupando casi el mismo sitio año tras año, con algún cambio sutil que me aproxima, poco a poco, al puesto principal. Nadie nombra a los que no están, todos curiosean a los que se incorporan, esos novios un poco avergonzados en su primera vez, que quizá se queden para siempre o desaparezcan dejando un leve rastro de ausencia inoportuna.

Grabo en mi memoria, porque hoy lo necesito, los sabores profundos de estos manjares únicos de la cena de Nochebuena. En su sabiduría, el caldo incorpora un ingrediente mágico de sabor familiar y antiguo. Caldea la mirada y colorea las mejillas que aún no había sonrojado el fuego alegre que arde en el hogar. Las verduras de invierno, reinventadas año tras año en cremas o pasteles, disfrazadas con rebozos o sabores de mar, envueltas en crujientes masas quebradas al horno, acariciadas por salsas ligeras. Y la presencia anhelada del asado con su costra dorada y crujiente que se rompe y derrama

en jugos, milagro de alquimista que introdujo en su interior, antes de entregarlo a su infernal tortura, mantecas y licores, frutas y castañas. Y por último, ahíta pero abandonada al pecado de la gula, refrescada por millones de burbujas que desaparecen en un golpe seco en el paladar, me rindo al placer dulce del mazapán, del turrón, del inasible polvorón que se vuelve consistencia de almendra molida, manteca y horno sólo cuando lo muerdo.

Me dejo seducir por los reflejos luminosos de los adornos del árbol, por la ternura del nacimiento de barro, por las caras expectantes de los niños, por la cascada de notas del oratorio que envuelve la escena que observo como una espectadora un poco ausente, y permito que surja un pequeño brillo feliz al romper el celofán. Ahogo el suspiro que provocan los poemas gélidos que atisbo, oliendo a tinta recién impresa, mientras miro a mi alrededor preguntándome quién me conoce así, quién me quiere tanto, quién adivina que, apagadas las luces y las risas, necesitaré refugiarme de nuevo en el reflejo de las palabras precisas y demoledoras de quien, como yo, esconde la escarcha en el fondo de su corazón.

Libia, tu hija mayor.

Hace años, cuando Darío y yo nos separamos, pasé una mala época. No hablamos de ella, pero yo sabía, mamá, que tú sabías. Seguro que fuiste tú quien eligió para mí El libro del frío, de Gamoneda. Nunca te gustó edulcorar los tragos amargos y hoy, así, te lo agradezco.

No conocemos fatiga en el Mal.

C. Lisón Tolosana

Lo veo salir de la oscuridad al sol de la mañana y desperezarse lentamente, bostezar arqueando el lomo y estirando las patas. Se acerca despacio hasta el barreño y lame algo de agua turbia. Después, de la escudilla con pienso, come un poco, con desgana. Se sienta sobre sus patas traseras y olfatea el aire, mientras alza la mirada hacia el rectángulo de cielo azul por encima de los muros de cemento. Da dos, tres ladridos cortos. Levanta una pata y se rasca detrás de la oreja correspondiente. Se incorpora, camina unos pasos y orina. Luego vuelve a beber agua y se esconde de nuevo en la oscuridad del tejadillo.

Este mismo proceso se repite varias veces a lo largo del día, con ligeras variaciones. Una vez al día defeca en vez de orinar. A veces se tumba al sol, con las patas estiradas, rígidas. Su cuerpo, cubierto de un pelo ralo y sucio, tiembla como si soñara. Sin abrir los ojos, se espanta las moscas del hocico o de los ojos con la mano delantera. Le he visto cazarlas con un movimiento rápido de la cabeza.

La rutina cambia el sábado por la mañana. El perro se inquieta ya antes de amanecer, entra y sale de la caseta oscura, se acerca hasta la puerta metálica, ladra y gimotea. Le cuesta estar sentado o tumbado y, si lo hace, es cerca de ella. Cada poco rato olfatea la ranura inferior, o se incorpora apoyando las patas delanteras sobre la cerradura y la araña. Al menor ruido, mueve las orejas en su dirección y escucha atentamente. Mucho antes que yo,

oye el coche que sube despacio por la cuesta, se separa un par de metros de la puerta y aúlla hasta que entra el amo.

Entonces se acerca a él sin tocarle, tembloroso, con las patas traseras dobladas, y sin poder contener la micción. El rabo barre el suelo espasmódicamente. El hombre rellena la escudilla de pienso, vuelca el barreño para vaciarlo, lo coloca de nuevo en su sitio y abre el grifo. En ese momento, cada sábado, el perro hace una cabriola e intenta beber el agua fresca directamente del grifo. El amo le da una patada para espantarlo. El perro ladra, un grito breve de dolor, y se mantiene unos instantes a distancia; pero vuelve a doblar las patas y, casi arrastrándose, intenta acercarse de nuevo al hombre, que ha cogido un cepillo viejo y una pala del techo de la caseta y amontona las heces. Las echa en el saco de pienso vacío, vuelve a dejar la herramienta en su sitio, sale del patio y cierra la puerta con llave.

El perro ladra, gime y aúlla durante más de media hora, arañando la puerta con desesperación. Por fin parece aceptar su suerte y se tiende largo junto a ella hasta que el sol se oculta. Apenas se acerca al pienso, ni al agua fresca, ni orina, ni se espanta las moscas. Ya tendrá tiempo de todo hasta el próximo sábado.

Creo que cuatro o cinco veces al año, el hombre le pone un collar, lo sujeta con una correa y se lo lleva. Supongo que es la temporada de caza. Nunca le he oído hablarle, ni siquiera sé cómo se llama el perro.

Tu nieto Luis te dedica "Una habitación con vistas", de E. M. Forster. Con tu encargo, recordé que, desde la ventana de mi cuarto, lamentaba la infelicidad y la aceptación de su suerte del perro del vecino. Y aprendí de ellas.

Tenemos que aprender el arte de vivir,

a vivir con la caricia del misterio.

C. Lisón Tolosana

Me despojo de la inapetencia, de la pereza, del profundo cansancio que me mantiene atada al lecho, al sillón de lectura, y me dejo seducir por la llamada del sol de este primer día cálido de final de invierno, promesa de una primavera que será, quiera o no quiera. Abandono, aunque sea brevemente, las oscuras mantas que engañan a este frío interior y descubro, una vez descolgada y limpia del polvo acumulado en tanto tiempo, el brillo de la vieja bicicleta. Realizo, de una vez, el esfuerzo de la primera pedalada, ayudándome del peso de mi propio cuerpo anquilosado, venciendo su inmovilidad, y recupero la sensación de libertad que me provoca la brisa en el rostro, el avance fácil de las ruedas de goma sobre la tierra pisada del camino que conduce al río.

Percibo el olor de la tierra, del polvo que levanta un tractor no muy lejos, de las hojas resecas de las cañas del borde de la acequia. Escucho la llamada de un pájaro invisible entre los árboles, interrumpiendo el suave roce de la cadena engranando en los dientes metálicos. Descubro un almendro inculto florecido, el contraste de las flores tan claras con la corteza oscura de sus ramas, tras enfilar la última curva que me acerca a la ribera, a ese destello de agua entre los altos tallos de los juncos, carrizos y espadañas.

Reduzco la velocidad de la bicicleta para desviarme por la senda que se introduce en el sotobosque, bajo el túnel de luz tamizada que forman las ramas entrelazadas de chopos y fresnos, ahora desnudas, y, poniendo cuidado en no

patinar sobre el manto húmedo y resbaladizo de hojas muertas, llego a la misma orilla, una árida extensión de limo polvoriento. El río baja con un leve rumor, sin apenas caudal tras este invierno seco. En el centro de su cauce ha quedado al descubierto una isla de cantos rodados blanqueados por el sol, donde dos garcetas picotean buscando su alimento. Al percatarse de mi invasión, ambas alzan el vuelo en un pequeño escándalo de alas batidas y desaparecen entre los árboles de la orilla opuesta.

La luz intensa y un falso silencio poblado de rumores de agua, de algas rojizas que ondulan justo bajo la superficie, que se enredan en los dedos al sumergirlos, me provocan un vértigo inesperado, una momentánea sensación de atrapamiento y arrastre que, afortunadamente, desaparece en cuanto me incorporo y saco la mano del agua. Un pequeño rastro de gotas señalará el camino de vuelta. Imposible, aún sabiendo que peco de poco original, no establecer un paralelismo entre el río y la vida. Quizá por eso regreso sobre mis pasos y tomo el desvío hacia el galacho en lugar de volver a casa.

Inevitablemente, mi conciencia de maestra repite la definición del antiguo meandro abandonado por el desvío del cauce del río, en su obstinado afán de recuperación del camino más corto que cierta vez cambió por una insensata y curvilínea exploración del territorio. Oculto entre carrizos que sombrean sus orillas y esconden nidos de fochas y gallinetas, el galacho es un frágil y efímero prodigio de la naturaleza. Protegida por su vegetación y quietud, abandono mi ser-río y asumo que una parte de mí quedó suspendida en este "agua de nadie", refugio fecundo de sueños olvidados de otro río que cruzó su camino con el mío. Me gustaría creer que su cauce conserva el recuerdo amable de la ternura de mi fondo, de las caricias de las hojas de los sauces, de la curva

gentil de la cintura que entregué sin preguntar ni pedir nada a cambio. Pero sé que el agua que transita por él ya no es la misma que se demoró en el meandro, ni canta sus canciones, ni retiene la imagen de la garza real que vuelve cada año, ella sí, a anidar en su abrigo.

Tu hija Lucía.

Te regalo, madre, mi libro favorito: Rayuela, de Cortázar. Fue el libro que leí mientras me reponía de la anemia que me hizo volver a casa tras mi primer destino de maestra lejos de tu lado. Este libro, y tus cuidados, me ayudaron a sobreponerme de la enfermedad... y de aquel primer desengaño amoroso. Pero hay en él mucho más que eso, como en lo que he querido contarte en estas líneas. No te preocupes si no lo entiendes todo... ni me preguntes, porque lo importante es la vida que sigue y que me ha regalado tantas cosas felices desde entonces. De mi parte, de la de tu yerno José y de tus nietos Alba, Libia, Diego y Jorge, todos te deseamos Feliz Navidad.